



Artículo

**Después de vivir un siglo
(Marx 1818, Althusser 1918)**

Emilio de Ípola

Prof. emérito UBA, Argentina.

Recibido: 28/02/2019

Aceptado: 03/04/2019

Resumen:

Las misiones históricas son el límite de la política. Por eso *El Manifiesto Comunista* es un texto eterno, no tiene origen ni principio, pues la lucha por la igualdad es infinita. Éste es el espíritu con el que debemos leer la obra marxiana. Fue el que destacó Derrida en su *Espectros de Marx*. También Althusser al eludir toda reverencia a Marx, señalar sus errores e sobreinterpretar su obra. Recoger ese legado hoy es entender que la política no sabe de teleologías y que las diversas luchas por la igualdad deben ser reunidas por su valor inherente, lejos de todo tacticismo, pues si no hay fin no hay medios.

Palabras clave: Política; Igualdad; Marx; Althusser; Derrida

Abstract:

Historical missions are the limit of politics. Due to that the *Communist Manifesto* is an eternal text, it has neither beginning nor end, because the struggle for equality is infinite. With this spirit with which we should read the marxist work. That spirit was which Derrida emphasized in his book *Sprectres of Marx*. Althusser did the same rejecting any reverence to Marx, pointing out his mistakes and overinterpreting the marxists texts. Follow that legacy today is to understand that politics does not know about teleologies, that the different struggles for equality must be collected because of its inherent value, far from every tacticism, because where is no end there are no means neither.

Key words: Politics; Equality; Marx; Althusser; Derrida

Cabría decir, con Borges, que a la realidad le agradan las simetrías y los leves anacronismos. Marx nació hace algo más de doscientos años; por razones que me abstengo de exponer, no pudo saber que cien años más tarde nacería un pensador que exploraría, enaltecería y también prolongaría en algunos aspectos su obra. Por lo demás, no me atrevo a decir que Marx, de haber conocido los escritos de Louis Althusser, los hubiera aprobado con entusiasmo. Probablemente habría preferido la obra del italiano Lucio Colletti, quizá el mejor exégeta de la obra marxiana, el más puntilloso y el más exacto, aunque no necesariamente el menos aburrido. Pero no me caben dudas de que en tren de elegir discípulos fieles, Marx no sin razón habría preferido a Coletti.

Ocorre, sin embargo, que Althusser no fue ni se creyó nunca un gran erudito en la exégesis de los textos marxianos. Más de una vez retorció o sobreinterpretaba a mansalva párrafos de *El Capital* para hacerles decir lo que él quería que dijeran. Como es sabido, fue duramente criticado por ese maltrato ejercido sobre la obra de quien, algo paradójicamente, se consideraba discípulo. Pero Althusser se mantuvo en sus trece: sus varias autocríticas nunca se dirigieron a presuntos errores en su interpretación del texto marxiano, sino a otras cuestiones, casi siempre de carácter político y de alcance coyuntural.

Guste o no ésa era su manera de pensarse marxista: nada de reverencias, nada de prudentes silencios frente a lo que juzgaba censurable en su maestro, sino lucidez y coraje para atreverse a criticar errores e incluso a denunciar limitaciones en el pensamiento marxiano. La misma lucidez y el mismo coraje que lo llevaron a convertirse en el **único** filósofo marxista de gran nivel que produjo Francia en toda su historia. Mientras que en los siglos 19 y 20 Italia tuvo a Gramsci y Labriola, Hungría, a Lukacs, Polonia a Rosa Luxembourg, Alemania a Kaustky (además de Marx y Engels), Rusia a Plejanov y Lenin, Francia nos asestaba a los olvidables Guesde y Lafargue, este último sacrificado y valiente yerno de Marx, quien solía apodarlo “nuestro negro” o “hijo natural de un gorila”.

Cien años separaron a Marx de Althusser, pero ese prolongado lapso tiende a adelgazar y a diluirse cuando ponemos el acento en su común inspiración teórica y política. Aquí querría referirme a un texto fundacional del marxismo: *El Manifiesto Comunista*. Un conocido libro de Jacques Derrida, *Espectros de Marx*, nos ayuda desde su título mismo ya que la palabra “espectro” o “fantasma” según las traducciones, aparece

en el mero comienzo del Manifiesto, reafirmando la curiosa relación, casi diría el **incordio**, que tenía Marx con los espíritus, los fantasmas y otros seres sensibles-suprasensibles, según la conocida fórmula de El Capital al hablar de la mercancía.

Derrida reivindica con énfasis el valor y la pertinencia actuales del Manifiesto. Pero reivindica también, además de la letra, un cierto espíritu que se respira en el Manifiesto; Derrida se reconoce como lector en ese espíritu y reconoce al buen lector de Marx y del Manifiesto en ese espíritu, en esa disposición de lectura.

Y ¿qué quiere resaltar Derrida, y nosotros con él, de ese Prefacio? Simplemente, ciertas frases donde Marx y Engels, aun manteniendo como válidos los principios generales enunciados en la versión original del Manifiesto, señalan los puntos que habría que retocar, y en ocasiones que reescribir, en función del cambio en las condiciones históricas existentes, de las transformaciones económicas y políticas, de la nueva literatura teórica y doctrinaria, etc. Se trataba, claro está, de una tarea para los que vinieran después (nosotros, decían Marx y Engels, no tenemos derecho de modificar un texto histórico). Era una faena que correspondía a las generaciones futuras.

Sin embargo, podemos preguntarnos: ¿qué es lo que hoy tendríamos que reescribir? Retomo el Prefacio de Hobsbawm a una reciente reedición del **Manifiesto**, quien hace hincapié sobre el vigor y la actualidad del Manifiesto y muestra, entre otras cosas, cuán exacta y cuán talentosamente anticipatoria aparece hoy en el Manifiesto la descripción del desarrollo del capitalismo. Y no del capitalismo de ayer, sino del capitalismo de hoy. Dice en efecto Hobsbawm: “lo que en 1848 pudo sorprender a un lector no comprometido como prédica revolucionaria o, como mucho, como predicción verosímil, hoy se puede leer como una caracterización concisa del capitalismo a finales del siglo XX”. ¿De qué otro documento de la década de 1840 se puede decir lo mismo?

Pero entonces, repito retomando la exhortación de Engels, ¿qué es lo que hoy tendríamos que reescribir del Manifiesto? O, mejor, ¿por qué tendríamos hoy que reescribir el Manifiesto?

Mi punto de partida para responder a esta pregunta aparecerá como algo paradójico, después de haber insistido sobre la necesidad de reescribir el Manifiesto. Y ese comienzo consiste en la afirmación siguiente: “**El Manifiesto Comunista es eterno**”. Eterno, en el sentido de que no tiene origen histórico asignable y también, claro está, en el sentido de que tampoco tiene fin histórico asignable. Punto en el que esta afirmación se anuda con el apotegma de Althusser: la historia es un proceso sin sujeto ni fines.

Más concretamente, la manifestación -que puede tener firma individual, pero que tiene siempre como soportes a sujetos colectivos- en pro de la instauración de la igualdad y la justicia, en pro del fin de la opresión por parte de quienes sufren sin igualdad ni justicia: esa manifestación, ese manifiesto, sin duda enriquecido, elaborado, pero también reafirmado en cada época, **no tiene un comienzo histórico asignable**.

Engels hace remontar lo que llama el comunismo primitivo hasta fronteras muy lejanas e indefinidas de la prehistoria, pero algunos antropólogos han mostrado que en muchas de las sociedades en que parecía encarnarse aquello que Engels llamaba “comunismo primitivo” existían relaciones de explotación y formas de opresión, es decir, había injusticia y razones para rebelarse contra la injusticia.

Creo, por otra parte, que tampoco tiene el Manifiesto fin histórico asignable. Esto último no lo puedo demostrar, pero puedo decir que creo que siempre la humanidad, o buena parte de ella, tendrá razones para protestar y para luchar contra injusticias amplias o puntuales y tendrá también un manifiesto para explicar a otros y explicarse a sí mismos el sentido de sus luchas. El Manifiesto no tiene fin asignable porque la lucha por un mundo en que solo reine la justicia no tiene un fin asignable. Inútil agregar que ojalá me equivoque.

Hace ya mucho tiempo, más de un milenio, las obreras que trabajaban en la seda protestaban y denunciaban lúcidamente, en el manifiesto conocido como “Lamento de las obreras de la seda”, la explotación de que eran objeto. Y, entre otras cosas, decían:

“Siempre tejaremos trapos de seda y estaremos siempre mal vestidas; siempre seremos pobres y estaremos desnudas y siempre hambre y sed padeceremos... Porque quien gana en su semana veinte dineros no sale de sus penas; y estamos en la gran miseria, mientras se enriquece (a costa) de nuestros salarios aquel para el que trabajamos.”

Este texto, en el que la idea de explotación aparece con meridiana claridad, data del año 1180. El “Lamento de las obreras de la seda” bien podría ser calificado como una suerte de manifiesto comunista de las explotadas (y los explotados, obvio) del siglo XII.

Y siglos más tarde, pero -nuevamente- todavía hace mucho tiempo, Thomas Münzer, líder de las revueltas campesinas y plebeyas en el siglo 16, según nos explica Engels en ***Las guerras campesinas en Alemania***, desarrolla, bajo formas cristianas, una filosofía cercana al ateísmo y una doctrina política revolucionaria que tiene afinidad con el comunismo. Llega a decir Engels que “muchas sectas comunistas modernas en vísperas de la revolución de febrero (de 1848) no disponían de un arsenal teórico tan rico como “los (hombres) de Münzer” en el siglo XVI”. Cierto es que Engels no puede con la tentación filosófico-histórica que siempre lo acosó, a él y a Marx, y ve en los plebeyos una anticipación del proletariado y por tanto en Münzer una especie de líder revolucionario *avant la lettre* de ese proletariado que aún no existía; un líder que por anticipatorio debía ser admirado, pero que por violentar en esta anticipación misma las leyes de la historia no podía triunfar y debió terminar en el cadalso. Pero eso no quita pertinencia al hecho de que también allí, en los escritos de Münzer, volvió a escribirse el manifiesto de quienes en el siglo XVI luchaban por la igualdad y por la justicia, *El Manifiesto Comunista* de ese tiempo histórico.

Nuevamente mucho tiempo después, en 1848, aparece el **Manifiesto** de Marx y Engels ya con su nombre propio, el que hoy conocemos. Dije que yo lo leo con cierto espíritu, que hago de él una cierta lectura, lectura que no impide otras, pero agrego en seguida que ese espíritu y esa lectura están ejemplificadas y pregonadas en el Manifiesto mismo. Lo están en el ya citado Prefacio de 1872, donde -como dije- se recomienda corregir y reescribir si fuera necesario la versión original. ¿Conocemos algún otro pensador -señala Derrida- que nos ponga en guardia sobre lo que escribe él mismo de manera tan abierta y honesta?

Esa lectura y ese espíritu están ejemplificadas en ese Prefacio, pues, y también en la corrección de Engels –limitando la historia de la lucha de clases a la historia escrita-, corrección que, aunque muy discutible, muestra una actitud de apertura ante sus propios textos y ante los nuevos conocimientos políticos y científicos, actitud de que carecen hoy quienes defienden un marxismo al que ya es poco llamar anticuado o arcaico y al que por eso prefiero llamar “jurásico”.

Concluyo con dos observaciones. Una respecto a la historia de la clase obrera (que Marx conocía mal: conocía muy bien la historia de la Revolución Francesa, pero poco la de la clase obrera). Opino que debemos volvernos sobre esa historia, para ver mejor en el presente y explicarnos por qué la clase obrera no cumplió con su misión

supuestamente inevitable y preguntarnos si acaso la idea misma de misión histórica y la de victoria inevitable no hacen en el límite impensable a la política.

Más generalmente, se trata de ir pensando el tema de las clases y de los actores colectivos en general (mujeres, homosexuales y otros), de sus demandas y sus modalidades de acción, de las viejas y nuevas formas de existencia y de ejercicio de las luchas sociales, así como -punto fundamental- de la articulación entre esas luchas, como valores *per se*; no como meros instrumentos tácticos, sino como valores constitutivos del futuro al que aspiramos.

Sería este el mejor homenaje que podríamos hacer a Marx, tan presente, tan vigente al cabo de doscientos años.